

La presencia de bandos en la ciudad de Valencia no fue casual durante la Edad Moderna. Tal afirmación podría parecer exagerada teniendo en cuenta que el bandolerismo se ha vinculado históricamente a sociedades de base agraria y por consiguiente sus escenarios privilegiados habrían sido los ambientes rurales. Sin embargo la capital no fue una excepción respecto al resto del reino, en donde claramente se asistió, durante los siglos XVI y XVII, a reiteradas expresiones del fenómeno social del bandolerismo. La historiografía valenciana se ha preocupado desde hace años de poner en relieve la importancia de dicho fenómeno. No ha sido ajena a ello la influencia que Braudel ejerció, a través de Reglà, en historiadores como S. García. Este historiador sugirió un abanico de tipologías, unas en la línea de Reglà, bandolerismo aristocrático y bandolerismo popular, y otras más específicamente valencianas, bandolerismo morisco, *bandositats* y 'terrorismo urbano' (GARCÍA, 1991). Un esfuerzo de disección que evidenciaba las conexiones recíprocas de un fenómeno plural: el bandolerismo aristocrático habría tenido relaciones con el bandolerismo morisco y con el popular, mientras que éste fue inseparable de las *bandositats*. Para cerrar el círculo, estas últimas englobaron en su seno la que fue la lucha de *bandositats* por excelencia, el bandolerismo de la capital, y sobre el cual J. Casey había aportado, en una investigación paralela, las noticias más importantes referidas al reinado de Felipe IV (CASEY, 1970). De hecho, la trayectoria del bandolerismo valenciano estuvo marcada por una diferente incidencia de cada una de las tipologías; mientras el bandolerismo aristocrático se mantuvo especialmente presente durante el reinado de Felipe II, el bandolerismo morisco, juntamente con el popular, inició paralelamente su ascenso. Sin embargo las *bandositats* fueron las grandes protagonistas de todo el periodo, especialmente las de la capital, que adquirieron gran virulencia en el siglo XVII.

A partir de los trabajos de S. García, J. Casey y de una serie de investigadores posteriores se ha avanzado en el análisis del carácter y origen del bandolerismo valenciano, concluyendo que tales manifestaciones en la Edad Moderna tenían un precedente y una conexión con la conflictividad de la época medieval. Lógicamente esa continuidad existió también entre las actividades 'belicosas' del patriciado de la capital desde el siglo XIV (NARBONA, 1989) y los comportamientos 'delictivos' de la oligarquía ciudadana del seiscientos. En suma, la ciudad de Valencia no había dejado de cobijar un conflicto permanente en el que se pretendía dirimir el control del poder local por parte de las clientelas en litigio (FELIPO, 1988 y 1996). Sin embargo se tendría que hablar de diversos conflictos, pues las acciones calificadas como propias de los bandos no se ciñeron exclusivamente a motivaciones relacionadas con el gobierno municipal. El hecho de que Valencia fuese la capital implicaba que los seculares enfrentamientos de los linajes nobiliarios, cuyas posesiones estaban geográficamente alejadas, acababan por involucrar a parientes y amigos que residían en la ciudad; ejemplos no faltan en el reinado de Felipe II (CATALÁ, 1999; CATALÁ-PÉREZ, 2000; GARCÍA, 1980; SALVADOR, M.D., 1986). El índice de conflictividad en la ciudad venía también marcado por la propia dinámica del mundo de los bandos que abocaba

a un objetivo final: el control de cualquier actividad pública o privada en beneficio de los miembros de la clientela. Entre esos objetivos no faltó el dominio de la voluntad de los servidores del rey.

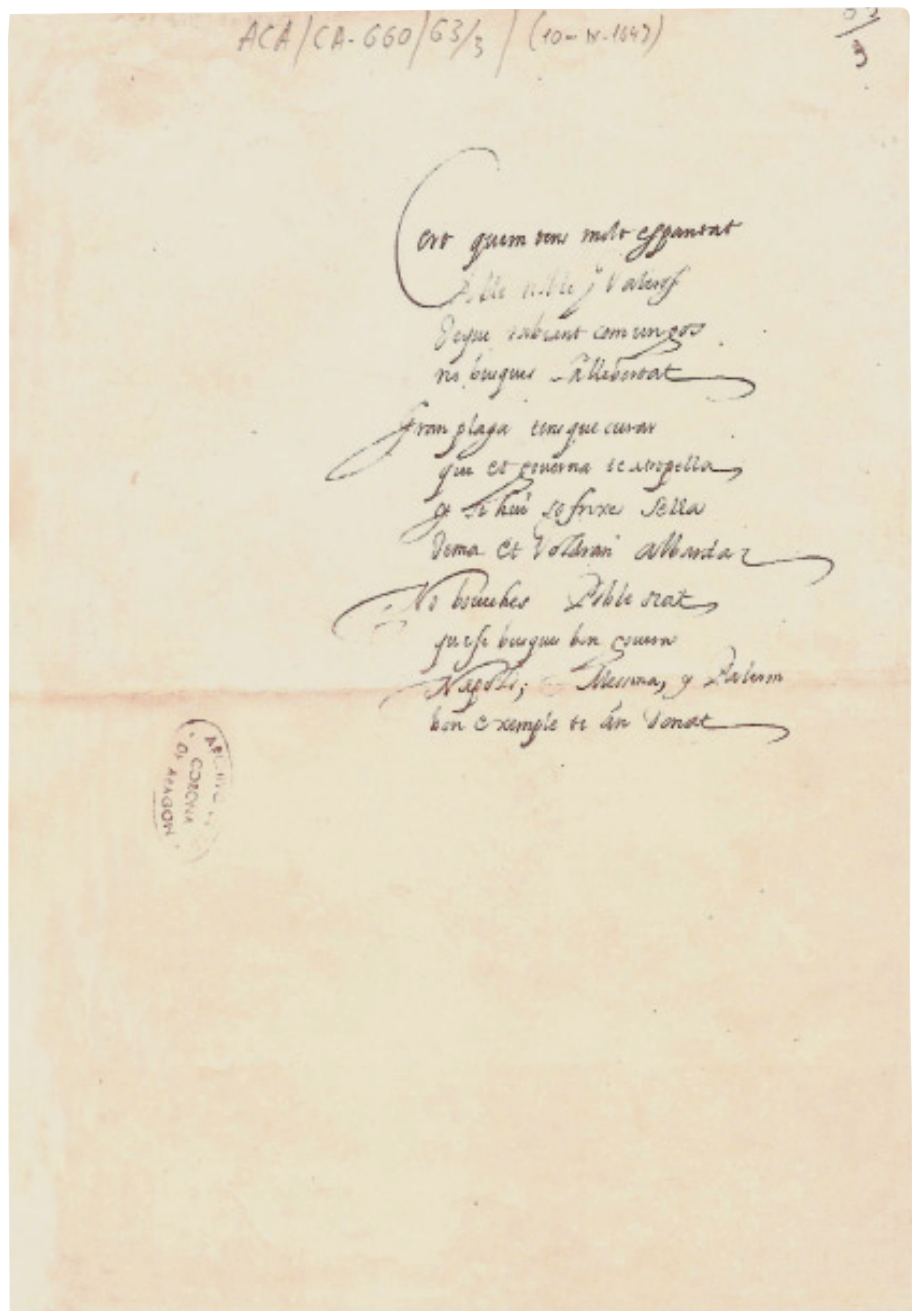
En definitiva, la complejidad del mundo de los bandos fue tal que resulta difícil fijar una terminología; la propuesta de E. Salvador, en la línea de acotar el calificativo de *bandolerismo* para los delitos de las cuadrillas y el de *bandos* para las actividades de las clientelas, puede sin duda facilitar su análisis (SALVADOR, E., 2003). Sin embargo la documentación no establece diferencias a la hora de considerar como bandoleros entre los simples acuatrillados y los hombres prominentes que se mantenían en la sombra. El hecho es que unos y otros estaban conectados. Sobre la procedencia social de todos ellos Casey (CASEY, 1983) propuso tres grandes grupos de individuos. En primer lugar los «criminales comunes» acuatrillados. En segundo lugar los «patronos», campesinos ricos, caballeros, ciudadanos, canónigos..., interesados en el control del poder local. Finalmente «las figuras prominentes», grandes aristócratas, jueces, oficiales reales..., condicionados por dependencias familiares o de amistad y por estar involucrados directamente en los bandos. Tal clasificación concuerda con el mundo de las *bandositats* de la ciudad de Valencia. En el caso de los bandos de la capital, destaca también Casey, la presencia de una pequeña nobleza significó la aparición de unas conductas de carácter señorial en los enfrentamientos, pero además esta irrupción, paralela al proceso de urbanización de los nobles, contribuyó a un mayor índice de conflictividad por la serie de alianzas familiares que comportaba con la oligarquía (CASEY, 1988).

El detalle de la historia de los bandos capitalinos está por estudiar en profundidad, sólo de mediados del siglo XVII, cuando su actividad fue mayor, se dispone de varios estudios monográficos (CASEY, 1970; CATALÁ, 1994 y 1996; GUIA, 1980, 1984 y 2003). Un periodo que coincide con gran parte del reinado de Felipe IV y por tanto con los años de la quiebra de la monarquía. De los enfrentamientos entre dos parcialidades durante la década de los años 30 dieron fe los estudios de M. Vila y E. Callado (VILA, 1984; CALLADO, 2001). Sobresalían como protagonistas personajes como Guillem Ramon Anglesola y Geroni Minvarte, interesados en las instituciones locales. Detrás de ellos, amparándolos, resonaban nombres mucho más importantes como el almirante de Aragón, marqués de Guadalest (GUIA, 2002) y el mismo arzobispo de Valencia Isidoro Aliaga (CALLADO, 2001). Una dinámica, heredada de la época medieval (FERRERO, 1985), de paces y ajustes, inducidos por la corona y apadrinados por sus valedores no sirvieron para apaciguar la ciudad. Asesinatos, como el de Minvarte o el de un juez de la audiencia, Miquel Geroni Sanz, implicado en el bando contrario, fueron frecuentes. Como telón de fondo hubo motivos de crispación: las secuelas del conflicto de los censales en la economía ciudadana; la concesión, en 1633, del privilegio de la insaculación como mecanismo de acceso a los cargos municipales que no resolvió los enfrentamientos de la oligarquía; la frustración de las peticiones del reino en las cortes de 1645; la suspensión de la insaculación en 1646; la presión fiscal en el contexto de la guerra con la monarquía francesa y de la *Revolta* catalana, que acercó el frente a las mismas fronteras del reino. En esta coyuntura el bandolerismo valenciano alcanzó sus mayores implicaciones políticas y muestra anecdótica fue el pasquín que apareció en puntos estratégicos de la ciudad el 10 de septiembre de 1647 (GUIA, 1980):

Las secuelas del conflicto de los censales en la economía ciudadana; la concesión, en 1633, del privilegio de la insaculación como mecanismo de acceso a los cargos municipales que no resolvió los enfrentamientos de la oligarquía; la frustración de las peticiones del reino en las cortes de 1645; la suspensión de la insaculación en 1646; la presión fiscal en el contexto de la guerra con la monarquía francesa y de la *Revolta* catalana, que acercó el frente a las mismas fronteras del reino. Una coyuntura en la que el bandolerismo valenciano alcanzó sus mayores implicaciones políticas y cuya muestra anecdótica fue el pasquín que apareció en puntos estratégicos de la ciudad el 10 de septiembre de 1647.

Pasquín anónimo aparecido en las calles de Valencia. El virrey, al informar al monarca, atribuía el origen de todo a «las malignidades de los interesados en las pretensiones corrientes del Consejo General con mezcla de las parcialidades de los vandos». Archivo de la Corona de Aragón, Consell d'Aragó, lligall 660, doc. 32/2, 10-IX-1647.

La signatura del texto del pasquín en: Archivo de la Corona de Aragón, Consell d'Aragó, lligall 660, doc. 63/3, (1647).



Cert que em tens molt espantat
poble noble y valerós
de que rabiunt com un gos
no busques la llibertat.
Gran plaga tens que curar
qui et governa te atropella
y si hui sofreixes sella
demà et voldran albardar.
No bovejes poble orat
que si busques bon govern
Nàpols, Messina y Palerm
bon exemple te an donat.



En los meses posteriores la situación llegó a extremos de hacer temer a la monarquía por una revuelta (CASEY, 1970). En una maniobra de fuerza, y en nombre del restablecimiento del orden público, el virrey orquestó una fuerte represión. Miembros destacados de la oligarquía fueron extrañados del reino. Otros, como Tomás de Anglesola, fueron ajusticiados, acusados de bandoleros (GUIA, 1984). A pesar de todo, una década después la influencia de los bandos en la ciudad de Valencia parecía no haber remitido. Seguían con fuerza el bando del Almirante y el dirigido por su mayor opositor, el hermano del duque de Segorbe. Entre sus seguidores había linajes notables como el de los Valterra. Un nuevo ciclo de destierros y condenas acabaron, en 1659, con la vida en el patíbulo de Josep Valterra acusado de ir acuadrillado. Éste era hijo del *lloctinent de portantveus de general governador* Vicent Valterra y hermano del que, aunque desterrado junto con toda su familia en esta nueva ola represiva, acabaría por ser a los pocos años regente de la audiencia, Carles Valterra y Blanés. La trayectoria de Carles Valterra es simbólica del declive de los bandos en la ciudad de Valencia desde el inicio del reinado de Carlos II. El mundo de los patronos acabó por alejarse de los métodos violentos en sus litigios por el control del poder local. Eso no quiere decir, como ha destacado J. Catalá (CATALÁ, 1996), que esa violencia no se siguiese utilizando por la nobleza para resolver otro tipo de litigios más personales. Si simbólica resulta la vida de Carles Valterra, también lo fue la trayectoria de uno de los bandidos más famosos de la ciudad de Valencia, Mateu Vicent Benet. Perteneciente al mismo bando que los Valterra fue acusado de múltiples crímenes, pero consiguió ser perdonado a condición de ir a servir a Nápoles en 1662. Allí permaneció durante un cuarto de siglo y acabó por ser gobernador de la ciudad de Reggio (GUIA, 2002). Decenios después, su historia se recordaba en una comedia de gran éxito en la Valencia del siglo XVIII: *El vandido más honrado y que tuvo mejor fin*. La mitificación de Benet fue posiblemente la expresión de frustraciones individuales y colectivas que poco tenían que ver con las actividades de los ‘bandoleros’ que habían protagonizado la vida valenciana de los siglos anteriores.

La conflictividad social

[EMILIA SALVADOR ESTEBAN –UVEG–]

Se ha insistido en la relativamente escasa conflictividad política de la Valencia moderna en contraposición a una más que notable conflictividad social. Sin negar la veracidad de este aserto, no resulta siempre fácil trazar una línea divisoria entre una y otra. En efecto, mientras conflictos inicialmente sociales pueden derivar en políticos, los considerados políticos ocultan a veces un fuerte componente social.

Para tratar de introducir un cierto orden en la variada casuística de la conflictividad social, se pueden distinguir los conflictos limitados en el tiempo y los de larga duración. Como los más destacados de los primeros se abordan independientemente en otros epígrafes, aquí me limitaré a enumerarlos y a tratar, muy brevemente, de caracterizarlos de algún modo.

El primer conflicto de relieve fue sin duda la Alemania (1519-1522). Surgida en la capital del reino como una confrontación entre los artesanos

Simbólica fue la trayectoria de uno de los bandidos más famosos de la ciudad de Valencia, Mateu Vicent Benet. Perteneciente al bando de los Valterra fue acusado de múltiples crímenes, pero consiguió ser perdonado a condición de ir a servir a Nápoles en 1662. Allí permaneció durante un cuarto de siglo y acabó por ser gobernador de la ciudad de Reggio. Decenios después, su historia se recordaba en una comedia de gran éxito en la Valencia del siglo XVIII: *El vandido más honrado y que tuvo mejor fin*.

Portada de la comedia *El vandido más honrado*, de Gabriel Suárez.